

Prólogo a *Endnotes 4*

ETSAI

El sistema fabril no constituye el núcleo
de una sociedad futura, sino una
máquina que produce no-future

— Endnotes

Las utopías son un bien escaso y el pasado nos pesa tanto que nos agacha la cabeza hacia los libros. En una coyuntura como ésta, la producción teórica de colectivos como Endnotes puede ser un buen punto de apoyo para echar la vista al frente. Desde que la revista ofreció su primer ejemplar al público, ha centrado todos sus esfuerzos en reflexionar acerca de las condiciones de posibilidad de una superación comunista del orden presente. En aquel número presentaba los elementos fundamentales para el estudio de las experiencias de lucha de clases del siglo XX, no para buscar en ellas una estrategia o paradigma adecuado a los tiempos que corren, sino para deshacerse del peso muerto de la historia. Endnotes se resiste a asumir aquel punto de vista para el cual la historia pasada nos brindaría las claves estratégicas del presente, partido que solo se podría tomar bajo el falso supuesto de que el presente es esencialmente como el pasado. Los elementos fundamentales de la sociedad en la que vivimos siguen siendo los mismos, pero la articulación concreta de la relación de clase ha variado desde los tiempos de un movimiento obrero que gozaba de buena salud, variación que a su vez ha producido un cambio en las «condiciones de posibilidad» de la emancipación.

Haciéndose cargo de esta situación, el colectivo pone el foco en las tendencias globales que vertebran la sociedad capitalista, rastreando la naturaleza de las luchas que periódicamente se desenvuelven en ella, desarrollando su estudio uniendo indisolublemente ambos aspectos del proceso histórico. La lógica que domina la sociedad es la de la acumulación capitalista, que se desarrolla a través de la relación de clase entre trabajo y capital como relación de explotación y

dominación. Esta relación, o la propia acumulación, tiene una historia, un desarrollo concreto en el tiempo. Y así es que un esfuerzo por captar este desarrollo se convierte en un esfuerzo por pensar los presupuestos, las dinámicas y las perspectivas de lucha. Determinar si la utopía es algo realmente posible, si es, depende de este esfuerzo.

Huyendo de lugares comunes, hasta el punto de revelarse hijo díscolo de la llamada ultraizquierda, Endnotes se sumerge desnudo en el estudio de la cosa misma: los ciclos de lucha deben abordarse desde sus propios presupuestos y partiendo de las apuestas que están en juego dentro de ellos. No obstante, explicar por sí mismas estas luchas daría con el problema de no poder explicar por qué se lucha así y no de otra forma. Las tendencias sociales generales tienen aquí su importancia no como simple contexto, sino más bien como aquello que determina la dinámica interna de la lucha. Es así que, desde una postura comunista, se pregunta por los límites que continuamente se encuentran estas luchas en el proceso de constitución de una fuerza unitaria que supere el momento y la lógica reactivas y las empuje hacia la abolición de la formación social capitalista. A esta acentuada incapacidad de generar unidad, Endnotes la denomina el *problema de la composición*, problema que ocupa una de las principales preocupaciones del colectivo a lo largo de su labor de reflexión. A nivel más general, el problema queda formulado como la *unidad en la separación*: la *dependencia* universal de los seres humanos que viven en sociedad, conviviendo con su *indiferencia* recíproca. Que esta cuarta entrega de la revista quede nombrada por esta fórmula, «*unidad en la separación*», nos informa ya sobre su contenido. La pregunta por la separación es una pregunta por la unidad, tal vez constituyendo ambas los interrogantes más generales de la emancipación. Cuestiones que, más allá de su carácter abstracto, lo que persiguen es encontrar el nexo entre las luchas reales y la emergencia de una fuerza unitaria orientada hacia la revolución.

El problema de la composición

Habida cuenta de que el problema de la composición es central dentro de la labor teórica de Endnotes, merece la pena presentarlo en sus delineamientos esenciales, comenzando por plantearlo con sus propias palabras:

El problema de la composición designa el problema de componer, coordinar o unificar las fracciones proletarias en el curso de su lucha. A diferencia del pasado —o al menos, a diferencia de las representaciones ideales del pasado— ya no es posible leer las fracciones de clase como si ya se compusieran a sí mismas, como si su unidad se diera de alguna manera «en sí misma» —como la unidad del trabajador artesanal, de masas o «social»—. Hoy en día no existe tal unidad ni se puede esperar que llegue a existir con nuevos cambios en la composición técnica de la producción. En ese sentido, no hay un sujeto revolucionario predefinido. No existe una conciencia de clase «por sí misma», como la conciencia de un interés general, compartida entre todos los trabajadores. O mejor dicho, tal conciencia solo puede ser la conciencia del capital, de aquello que unifica a los trabajadores precisamente separándolos.¹

Así definido, se puede observar en qué consiste la composición y, sobre todo, las razones por las que supone un *problema*. Se trata de «componer, coordinar o unificar las fracciones proletarias, en el curso de su lucha». Ahora bien, para Endnotes esto es problemático, ya que a diferencia del pasado, esta unidad no parece presentarse como una tendencia o como dada en sí. En este sentido, lo que unifica a los trabajadores es la comunidad del capital, que les da su carácter de capital variable, situándolos en la dinámica competitiva como vendedores y en la indiferencia recíproca como consumidores; la unidad cooperativa del trabajo es la cooperación por y para el capital, que une a los trabajadores en la producción de un poder social alienado y concentrado que después se les opone como una fuerza hostil y disgregadora. El capital une a los proletarios en un proceso social de dependencia universal, al mismo tiempo que los atomiza.² Los une, pero no como clase con intereses propios:

¹ «El patrón de espera», *Endnotes 3*, pp. 73-4 [Las referencias de todos los números de Endnotes se pueden encontrar en *Ediciones Extáticas*].

² «El mercado es la comunidad humana material. Nos une, pero solo en la separación, solo en y por la competencia de cada uno con todos» («Historia de una separación», *Endnotes 4*, p. 245).

Esta es la unidad-en-la-separación de la sociedad de mercado. Las personas se vuelven cada vez más interdependientes a través del mercado, pero este poder se produce a expensas de sus capacidades para la acción colectiva.³

Desde estas coordenadas, surge la pregunta: «¿cómo puede la clase actuar contra el capital, a pesar de sus divisiones?».⁴ Para Endnotes, la respuesta no viene dada como la afirmación de un sujeto latente cuyas potencias habría que liberar.⁵ No se trata de afirmar al proletariado como clase partiendo de su *ser en sí*. En cambio, adopta un punto de vista para el que la unidad solo podrá plantearse en el transcurso mismo de la lucha, como *superación del ser proletario*; será sobrepasando los límites que encuentran las luchas donde esta unidad encontrará su solución práctica. «Si existe algún potencial revolucionario en la actualidad, parece que se actualiza no en la lucha de una fracción de clase en particular, sino más bien en aquellos momentos en que diversas fracciones se unen en la lucha a pesar de sus sospechas mutuas».⁶

Endnotes tiende a identificar *lucha* y *revuelta*. No se puede decir que las confunda, pero sí que a menudo las identifique. Las luchas que estudia Endnotes siempre se insertan en ciclos de luchas explícitas: Primavera Árabe, movimientos de las plazas como los de Grecia y España, Occupy Wall Street, Bosnia y Herzegovina (2014), Argentina (2001), Inglaterra (2011), Black Lives Matter en Estados Unidos, Los Ángeles (2020), etc. Que estas luchas puedan situarse tan claramente en el tiempo y en el espacio indica ya su carácter *explícito*, de *revuelta*. Tratando de buscar dentro de la dinámica interna de estas revueltas las posibles soluciones o salidas al problema de la composición, acaba por encontrarse en un

³ *Ibid.*, p. 145.

⁴ «El patrón de espera», *Endnotes 3*, p. 74.

⁵ «Ser un partidario de la ruptura es reconocer que no hay trabajador colectivo —ningún sujeto revolucionario— que esté de alguna manera oculto y presente al mismo tiempo en cada lucha» («Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*, p. 325).

⁶ «¿Un sujeto abyecto idéntico?», *Endnotes 4*, pp. 387-8.

callejón sin salida.⁷ Tendríamos que preguntarnos si, tal vez, esta identificación entre lucha y revuelta supone un obstáculo de cara a pensar la solución al problema de la composición.

Pese a que su dinámica dependa de causas y fines que la exceden, solo puede haber una «fenomenología de la experiencia de la revuelta».⁸ De este modo trata Endnotes de distanciarse de una «teoría general de la revuelta». Por el carácter esencialmente impredecible de estas luchas, la teoría solo puede producirse *post festum*. Ahora bien, la pregunta por la unidad y por la superación del modo de producción capitalista supone ya un exceso respecto de esa experiencia inmediata; si no, la pregunta por la unidad no tendría fundamento. En el trabajo teórico de Endnotes, la revolución hace las veces de elemento limitante, permitiendo medir hacia dónde enfocar el esfuerzo teórico en el estudio de los ciclos de lucha. El límite de las luchas se da allí donde la revolución —o la unidad— podría surgir o allí donde se desvanece su posibilidad. Por el contrario, pienso que un verdadero límite inmanente de la lucha sería aquel con el que se encontrarían aquellos que luchan y que limita el logro de sus objetivos, si no prefijados, al menos los que definen la solución a sus problemas. Es decir, la pregunta por la composición presupone ya el horizonte de la unidad. A su vez, la unidad, si no es un fin en sí mismo, debe ser el medio para algo más. Si no ¿qué importa, desde un punto de vista revolucionario, que los que luchan estén unidos o no? Incluso en revueltas donde todo es pura pasión, donde el objetivo más elevado es la propia reproducción de la revuelta, si nos atenemos estrictamente a su contenido, los límites solo pueden referirse a aquello que impide su continuidad. Por eso, dejados únicamente a merced de la «fenomenología de la revuelta» que nos propone Endnotes, el comunismo solo se nos puede aparecer con legitimidad en la teoría, pero no en la práctica. «El concepto de comunización

⁷ «La composición de la clase aparece así, hoy, no como un polo de atracción dentro de la clase, sino como un problema no resuelto: ¿cómo puede la clase actuar contra el capital, a pesar de sus divisiones? El movimiento de las plazas pudo —por un tiempo— suspender este problema. La virtud de las ocupaciones fue crear un espacio entre una imposible lucha de clases y un tibio populismo, donde los manifestantes pudieron unificarse momentáneamente, a pesar de sus divisiones. Eso supuso un salto cualitativo en la intensidad de la lucha. Pero, al mismo tiempo, significó que cuando los manifestantes se enfrentaron al problema de la composición se encontraron con un problema imposible de resolver» («El patrón de espera», *Endnotes 3*, p. 74).

⁸ «Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*, p. 308.

traza una orientación hacia las condiciones de posibilidad del comunismo». ⁹ Sin embargo, aparecerá como horizonte teórico por encima del contenido real de las luchas, horizonte que asigna límites aquí y allá, cuya correspondencia con la realidad, con la práctica concreta de las luchas, será nula.

¿Cuáles son las causas y objetivos de los ciclos de lucha que suceden a la crisis de 2008? Son luchas contra la corrupción y los recortes; luchas por la democracia. En ellas, los trabajadores «encuentran una base común para la lucha no por medio de la pertenencia de clase que tienen en común, sino más bien como ciudadanos, como participantes en una “democracia real”, como el 99%, y así sucesivamente». ¹⁰ La forma política adecuada a este tipo de movimiento es el *frente democrático*, lo que explica el auge del populismo. El sujeto de lucha es el *pueblo*; el enemigo, las *élites*, incluso el globalismo o los inmigrantes; es decir, cualquier «enemigo de la nación». En el seno del pueblo, se encuentran todo tipo de diferencias de clase y también entre fracciones de clase. La unidad de clase entre trabajadores ni siquiera aparece como un objetivo y solo se presenta cuando se mantiene «al nivel de las luchas sectoriales». ¹¹ Paradójicamente, las luchas contemporáneas «continúan siendo luchas de los trabajadores». ¹² Subsumir toda esta diversidad bajo algún concepto como «la multitud» o «el precariado» no soluciona la fragmentación, como reconoce Endnotes. ¿Qué sentido tiene, entonces, preguntarse por la unidad del proletariado partiendo de las revueltas mismas, en cuyo desarrollo la unidad ni se produce ni parece que vaya a producirse?

Si partimos de las luchas explícitas, de las revueltas, es difícil afirmar que en «toda lucha existe una tensión hacia la unidad», que «hay una tensión hacia la ruptura» y que existe una «tendencia hacia las innovaciones en las formas». ¹³

⁹ *Ibid.*, p. 323.

¹⁰ «Historia de una separación», *Endnotes 4*, p. 135.

¹¹ *Ibid.*

¹² *Ibid.*

¹³ «Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*, p. 311; 315.

Mas estas afirmaciones no parecen alejarse mucho de una «teoría general de la revuelta», de la que precisamente Endnotes pretendía distanciarse. En las luchas explícitas, la disgregación existente en el seno del proletariado no tiene por qué conducir hacia la unidad; más bien parece ocurrir al contrario. Es indudablemente cierto que toda lucha necesita un grado de unidad, sea organizada o puramente moral, para poder progresar en sus objetivos. Sin embargo, las luchas contemporáneas parecen apuntar al interclasismo de esta unidad —«el pueblo», «la multitud», «el 99%»— o a su constitución como una agregación de multitud de intereses sectoriales de la población. Que la unidad se componga para defender un capitalismo idealizado, más que para alcanzar una sociedad poscapitalista, parece más la regla que la excepción. Por otro lado, muchas veces se observa que, en vez de una tendencia hacia la unidad, el asunto comienza con una unidad postulada en un primer momento en base a un objetivo común —por ejemplo, reducir el desorbitado precio del carburante o evitar una reforma impopular de la Constitución— a la que le sigue una tendencia hacia la disgregación y hacia la conciliación, en vez de una «ruptura». El proletariado acude a la revuelta dividido por una infinidad de razones, división que no es capaz de superar en largos procesos de lucha no explícita, ni mediante luchas explícitas no asimilables a revueltas. Entonces, ¿por qué buscar en estas revueltas¹⁴ la solución al problema de la composición? ¿Por qué iría una revuelta a solucionar en pocos días, semanas o meses lo que un largo proceso más pacífico de organización y lucha no es capaz de solucionar? ¿Por qué no buscar la clave en aquellos períodos en los que no hay revueltas o por qué no buscarla fuera de ellas?

Los artículos de este número no hablan muy a favor de la idea de buscar la composición en las revueltas. En *Brown contra Ferguson*, donde se estudia el desarrollo de las revueltas por los asesinatos racistas en Estados Unidos, se lee un panorama en el que se mezclan la radicalidad de los proletarios negros con las condiciones para una cooptación por parte de una clase media negra con estudios y para la que el activismo político se plantea como una opción profesional. La gran dinámica democratista de los movimientos contemporáneos puede leerse en *Reúnenos de entre las naciones*. Ahí se analizan las luchas que ocurrieron en Bosnia y Herzegovina a lo largo de 2014, donde el movimiento, por más que

¹⁴ «Las esperanzas revolucionarias solo se hallan en las revueltas, que tienden a surgir de un optimismo frustrado. Es decir, las revueltas son consecuencia de una alteración de la vida cotidiana, o a una serie de tales interrupciones, que fracturan el sueño por el cual la humanidad es conducida a creer que el juego amañado de la vida social se resolverá en su favor» («Historia de una separación», *Endnotes 4*, p. 250).

estuviese compuesto en su mayoría por trabajadores, «exigía instituciones más democráticas, menos corrupción, reemplazar un gobierno de sinvergüenzas por uno de expertos», ya que «consideraban la corrupción como la principal causa de los problemas económicos que afectaban a Bosnia-Herzegovina».¹⁵ En este ciclo de luchas, que recuerda mucho a Grecia y a España, se buscó la unidad por medio de una multiplicidad de demandas, intentando no dejar a nadie fuera, en vez de agrupar la multiplicidad de sectores con demandas diferentes bajo una demanda universal —tipo de demanda que, dicho sea de paso, tampoco hubiese solucionado el asunto. Sin embargo, «seguía siendo una unidad débil, y, a medida que el movimiento decaía, surgían conflictos entre las diversas fracciones en los plenos».¹⁶ Y es que las demandas, por medio de su unificación o por medio de su fusión en una o unas pocas, no pueden solucionar divisiones arraigadas y continuamente reproducidas en el proceso real de vida. Divisiones reproducidas también por medio de la disposición espacial urbanística y de la reorganización de las cadenas productivas, conclusión que es lícito rescatar del artículo *Su propia decoración particular*. En este, al trazar la relación entre capital y espacio, se muestra cómo la descentralización de los barrios de clase y de los centros productivos es uno de los factores que socava las condiciones para el surgimiento del obrero colectivo. Al fin y al cabo, la existencia del obrero colectivo dependía en gran medida de su congregación en masa en un punto espacial, fuese la fábrica, fuese el barrio obrero.

Si se supone que el potencial revolucionario reside en la unidad entre fracciones de la clase de los desposeídos, pero esta unidad no *parece* ser una tendencia que se manifieste ni que se vaya a dar en las revueltas ni en los ciclos de lucha explícita, es muy probable que para buscarla, si es que puede hallarse, debemos mirar hacia otro lado.

¹⁵ «Reúnenos de entre las naciones», *Endnotes 4*, p. 299.

¹⁶ *Ibid.*, p. 310.

Clase y comunización

Visto que partiendo de las luchas contemporáneas no parece atisbarse un horizonte disruptivo con el modo de producción capitalista, por lo menos tendrá que existir como posibilidad latente o como tendencia en alguna parte, al menos si queremos evitar alguna versión voluntarista del comunismo militante. Por voluntarismo entiendo, aquí, la idea de una posición política que se sitúa frente al mundo con una estrategia extraída del estudio histórico del pasado, de recetas teóricas o de maquinaciones filosóficas, y pretende concretarla en el mundo independientemente de su estado y sus tendencias. Forzar las circunstancias a bailar al son de la organización: eso es voluntarismo. Ni Endnotes ni Théorie Communiste ni los teóricos de la comunización en general se adscriben a esta visión de la acción revolucionaria.

Para estos, existe un componente de invariabilidad en la sociedad capitalista que nos exige pensar una teoría comunista y que justifica la realidad de la emancipación, *pero* a esta invariabilidad le acompaña el desarrollo histórico del capitalismo, que es el que marca las posibilidades, los horizontes y las perspectivas concretas de la lucha por el comunismo.

En lo fundamental, la visión de Théorie Communiste (TC) queda planteada de este modo: trabajo y capital son dos polos de la relación de clase capitalista; entre ambos polos existe una relación de dependencia y reproducción mutua, de tal modo que uno no puede comprenderse sin el otro; si la emancipación se asume como la afirmación de uno de ambos polos, en este caso el polo del trabajo, el proceso de emancipación encuentra en sí los elementos para la contrarrevolución, ya que la afirmación de uno de esos polos implica necesariamente la reproducción del otro polo, el capital. Una revolución planteada como la afirmación de la clase obrera debe inevitablemente reproducir el capital. Este es el argumento de TC, que pasa apenas sin crítica al corpus teórico de Endnotes¹⁷ y que goza de cierta popularidad entre algunos de los pensadores

¹⁷ «Si la superación de la relación de clase capitalista sobre la base de la simple victoria de uno de sus polos es imposible (puesto que cada polo no es nada sin el otro) entonces cabe decir que las revoluciones del siglo XX, en la medida en que su contenido fue la afirmación de la clase obrera *en tanto clase obrera*, plantearon una superación *imposible* de la relación de clase capitalista. Por el contrario, la revolución como comunización aparece sólo en la lucha cuyo horizonte inmanente

comunistas heterodoxos y de izquierda. De este silogismo general, también conocido como la «antinomía de la lucha de clases», se derivan varias conclusiones que aparecen a menudo en las teorías de la comunización. Por ejemplo, la famosa tesis que TC formula en su crítica al paradigma de la autonomía,¹⁸ tesis que reza que el primer acto revolucionario es la autoorganización y que el resto irán en contra de ella. El problema con esta visión se debe a un exceso de formalismo, a un pecado de abstracción. Podría decirse incluso que es una triquiñuela metafísica para dar una respuesta abstracta y universal a cuestiones que en lo concreto no solo son más complejas, sino diferentes. Si dejamos de lado el *contenido* de la relación y de sus polos, nos desentendemos de su *dinámica* propia y nos abstraemos de otros aspectos más concretos de su naturaleza, de cualquier relación en la que ambos aspectos o polos se encuentren en una situación de dependencia y reproducción mutua se podría concluir que no pueden comprenderse uno sin el otro y que la afirmación de uno implica la afirmación del otro. Podríamos cambiar trabajo y capital por cualesquiera otros conceptos que se encuentren en una relación de ese tipo y nos encontraríamos con el mismo resultado. Ahora bien, si no queremos pensar mediante la lógica de la apariencia, cuya crítica es condición necesaria para la teoría revolucionaria, entonces debemos conceder validez a estas relaciones abstractas únicamente en tanto articulen la lógica de conocimientos concretos. De no ser así, al partir desde una posición tan *formalista*, solo se puede llegar a la adopción de posiciones incómodas. Una de estas posiciones se expresa en muchas variantes, pero todas se reducen a un determinante común: la revolución no se sigue de la necesidad interna del modo de producción capitalista, sino que se deriva a partir de los parámetros de una conciencia que se ha situado por encima o al margen del mundo. Sorprendentemente, esta primera posición es más común de lo que parece, pero no es la que sostiene Endnotes, como puede comprobarse si se estudia su postura crítica hacia el romanticismo de Camatte, hacia el comunalismo de Agamben y hacia diferentes vanguardismos. La segunda posición no puede explicar ni la emancipación ni su posibilidad, por mucho que crea hacerlo; hace del comunismo algo ininteligible, porque o bien no hila las tendencias comunistas existentes en el desarrollo de la formación capitalista con

es portador de *la no-reproducción directa de la relación de clase* («Crisis de la relación de clase», *Endnotes 2*, pp. 12-3).

¹⁸ Théorie Communiste, *La autoorganización es el primer acto de la revolución, los siguientes irán en contra de ella* (Ediciones Extáticas, 2020).

su resolución positiva en una sociedad comunista —es el caso de TC—, o bien diagnostica unas tendencias que solo permiten aceptar la *posibilidad* de un mundo en el que no reine la producción orientada al beneficio y a buscar en las luchas el momento en el que los proletarios, o los «manifestantes», cobren conciencia de esa posibilidad y produzcan una ruptura —este es el caso de Endnotes—; en consecuencia, se resisten a admitir un contenido positivo de la emancipación.

El horizonte comunista de las experiencias del periodo del movimiento obrero está vertebrado por el fenómeno del *trabajo social*. El modo de producción capitalista no solo desarrolla sin precedentes el reino técnico de las fuerzas productivas, sino que también desarrolla el conjunto de relaciones sociales que permiten —o al menos permitían— vislumbrar la *emancipación contenida en este desarrollo*. En el proceso de vida dentro de la sociedad capitalista se da una tensión entre el carácter cada vez más social de la producción y su apropiación privada. Los trabajadores cooperan en la producción, adquieren las capacidades para administrar y participar en los procesos de trabajo y administración de las cosas, se liberan de dependencias personales, desarrollan la productividad del trabajo reduciendo el tiempo que habría que dedicar al «reino de la necesidad», hacen de la explotación del trabajo y de la opresión por cuestión de nacionalidad, raza o género una cuestión cada vez más superflua *a nivel histórico* y producen una infinidad de tendencias más que de ser desarrolladas entran en contradicción abierta con las relaciones de apropiación privada y derivadas que resultan del modo de producción capitalista. La emancipación como *libertad positiva*, como la capacidad de hacer valer la individualidad del ser humano, se hace *inteligible* y *posible* solo en la medida en que estas tendencias existen. Ahora bien, estas tendencias, que podríamos llamar *comunistas*, se desarrollan a costa de otras, por las que tanto trabajadores como capitalistas quedan sujetos a un dominio de las cosas sobre las personas, a una coacción muda y, en general, a un conjunto de constricciones materiales y formas de conciencia que socavan continuamente el desarrollo pleno de las potencias comunistas que se encuentran en el movimiento del conjunto de la sociedad capitalista. En ningún lugar está mejor descrita esta doble alma del capitalismo que en *El Capital*, donde se estudia la ley interna del modo de producción capitalista como una totalidad que encuentra como uno de sus momentos su propia negación. El comunismo es posible y pensable *solo* en este sentido.

Es común citar que el comunismo es el «movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual», como si, aquí, «movimiento real» significase que el comunismo es un movimiento práctico organizado. Sin ánimo de desdeñar la necesidad de una práctica organizada, lo que esta idea reivindica es que el capitalismo produce las condiciones y las tendencias que trabajan por su abolición: produce su propio sepulturero. Es por eso que la emancipación no se justifica porque las fuerzas productivas se hayan desarrollado mucho, porque vivamos guerras o porque el capitalismo devore la naturaleza. Esto solo nos permite afirmar que el capitalismo es indeseable, posiblemente injusto, seguramente insoportable, pero en ningún caso justifica que el modo de producción capitalista *pueda* abolirse. La posibilidad de su abolición tampoco puede encontrarse en la mera crítica al ahistoricismo que domina en la ideología burguesa; es decir, que demostrar que el capitalismo no es eterno, que han existido otras formaciones sociales regidas por lógicas radicalmente distintas a las actuales, si bien es uno de los pilares de la crítica revolucionaria —de nuevo, *El Capital* de Marx es paradigmático en este sentido—, no es suficiente para justificar sobre bases sólidas la emancipación, porque de constatar que *el capitalismo es algo que ha devenido* no se deduce que *el capitalismo pueda o vaya a devenir en otra cosa*. La emancipación quedaba postulada, al menos para el socialismo científico, sus seguidores e incluso muchos de sus detractores, como el desarrollo de la tendencia de la socialización del trabajo hasta su transformación en una sociedad de productores libres y asociados. Aunque cada doctrina lo expresase a su manera, este era el *contenido positivo* del comunismo y el horizonte de la revolución comunista. Variaban los medios, las tácticas y las estrategias, e incluso la formulación del problema; pero, en general, las expresiones revolucionarias del movimiento obrero se orientaban hacia una sociedad basada en la libre cooperación, sin dominación, donde nadie se apropiaría del trabajo ajeno, en la que la sociedad decidiría qué producir y cómo administrarse y donde la propiedad privada quedaría abolida. Bajo este paradigma y con muchos matices, la afirmación del proletariado —como partido, como confederación, como sistema de consejos o como fuese— se concebía como un momento de su abolición.

Los teóricos de la comunización estarán de acuerdo con que ésta era la perspectiva de hace un siglo, exceptuando tal vez la afirmación de un contenido positivo del comunismo en autores como Marx. Para TC y Endnotes esta perspectiva del comunismo como un programa a realizar queda catalogada como

programatismo. A su vez, este sería el horizonte emancipatorio del periodo del «viejo movimiento obrero» y no un horizonte comunista invariable. La idea central en su pensamiento es que aquel horizonte habría quedado agotado hace tiempo. Además, como hemos visto, TC y sus seguidores ven un problema en esta perspectiva, porque la afirmación del proletariado como clase implicaría necesariamente la afirmación del capital como clase. Al fin y al cabo, una clase no puede existir sin que al menos exista otra, y lo que da la función de clase dominante a una es lo que le da su función de clase dominada a la otra. Esto es evidente. Lo que es una trampa sofista, un juego discursivo, es sostener que la afirmación del proletariado y de una identidad¹⁹ que le acompañe implica necesariamente su afirmación como clase y, por tanto, la afirmación del capital. TC defiende que esa perspectiva consiste en «la afirmación del proletariado como clase dominante mediante la emancipación del trabajo y su afirmación como organización de la sociedad», afirmación que supone «formalizar lo que somos en la sociedad actual como base de la nueva sociedad a construir en tanto emancipación de lo que somos» y concluye que la «autoorganización es la lucha autoorganizada más su prolongación necesaria, la autoorganización de los productores; en una palabra, el trabajo emancipado; en otra, el valor».²⁰ Esto, tarde o temprano, solo puede producir la contrarrevolución:

[A] autoorganizarse el proletariado rompe con su situación anterior, pero si esa ruptura no es más que su «liberación», la reorganización de lo que es, de su actividad, sin el capital, y no la destrucción de su situación anterior, o sea, si permanece autoorganizado, si no supera esta fase, su derrota está asegurada.²¹

Es evidente que la autoorganización deberá ir transformándose en la medida en que cambien sus tareas. El ejemplo más claro es el de un sindicato, que pierde su

¹⁹ ¿Puede existir un sujeto colectivo, más aún en un contexto de lucha, sin que produzca una determinada identidad colectiva? Ni siquiera una revolución entendida como comunización puede ser llevada a cabo por singularidades. En todo caso, el problema existe cuando el contenido de esa identidad y las formas culturales que produce excluyen a individuos que deberían pertenecer a esa comunidad; es decir, cuando el colectivo y la identidad que debería representarlo solo representa a una de sus partes y, por tanto, se constituye como identidad *ideológica*. Es en la posibilidad de esa disonancia donde radica el problema.

²⁰ *Théorie Communiste, La autoorganización es el primer acto de la revolución, los siguientes irán en contra de ella*, p. 6.

²¹ *Ibid.*, p. 20.

sentido en un contexto donde ya no existe el salario. De este, como mucho, podría quedar su asamblea o algún comité, si es que cumplen una función necesaria para la sociedad; pero en ningún modo serán ya parte de un sindicato propiamente dicho. TC sabe esto y desarrolla un largo argumentario para simplemente decir que el proletariado organizado tendrá que luchar contra aquello que lo determina como clase. Y con esto cree decirnos algo nuevo. Bajo la perspectiva de TC, queda desfigurada la relación entre forma económica y contenido material, haciendo de una forma social específica del producto del trabajo algo necesariamente aparejado a la producción social en general. Las condiciones sociales bajo las cuales el producto del trabajo toma la forma del valor de las mercancías dejan de ser objeto de ciencia y la *Crítica de la Economía Política* se sustituye por una paráfrasis o Analítica del concepto de «valor» o de «trabajo». Como aquí se quiere partir de conceptos y operar con ellos, incurriendo, además, en la imprecisión ya señalada, el comunismo solo puede llegar a pensarse como pura contingencia, como una ruptura sin continuidad. Lo que parece un argumento afilado contra el programatismo en realidad es un mero juego de palabras. ¿Qué es para el proletariado «la reorganización de lo que es, de su actividad, sin el capital» sino «la destrucción de su situación anterior»?

La existencia de un sector de la sociedad al que, en virtud de su posición en la división social del trabajo, se le *puede* presentar la forma económica capitalista como una forma cada vez más caduca a nivel histórico es la que hace del proletariado una clase que puede establecer una relación positiva entre su lucha y la emancipación. Pero no solo por esta posibilidad de cobrar conciencia, sino más importante aún, porque la afirmación del trabajo, es decir, la extensión de la condición del trabajador a todos los miembros de la sociedad, coincide inmediatamente con la abolición del sistema de trabajo asalariado y de las bases sobre las que descansa toda distinción de clase, porque es una posición inmediatamente universalizable sin perjuicio de nadie excepto de los explotadores y de aquellos que viven del trabajo ajeno. De ahí que la vieja fórmula agitativa que señalaba a los capitalistas como parásitos no esté del todo mal encaminada, aunque evidentemente se quede coja. La que sí está mal encaminada es la crítica al contenido teórico expresado por este recurso agitativo, cuando se reduce a su postura más infantil. Efectivamente, si sustituimos a los capitalistas por otros sujetos que asuman las funciones del capital, que lo personifiquen, sean los funcionarios estatales o los socios cooperativistas, está claro que los capitalistas señalados como parásitos no eran el problema, pero sigue siéndolo

14

quien personifique esa función, es decir, los capitalistas bajo otra forma, función necesaria en la medida en que existan productores privados e independientes regulando la producción a través del mecanismo del mercado. Se comprende incluso que si queremos razonar a niveles abstractos, la afirmación de la clase trabajadora en el sentido en el que lo ha defendido siempre la doctrina comunista es incompatible con la existencia del capital como su correlato necesario, porque, *aquí*, la *afirmación* viene acompañada por la *extensión*, haciendo de las determinaciones de un aspecto las determinaciones del todo de la relación y, en la misma medida, *negando* la propia relación y lo que ésta pone en sus «polos». Sin la dinámica de la relación, que no es un problema escolástico, sino práctico, y que por ello se sitúa a un nivel más concreto, solo nos queda su reproducción *ad infinitum* y su carácter irresoluble, a no ser que a través de una *brecha* emerja una ruptura como *deus ex machina*.

Si en esta clase solo se encerrase pura negatividad, el comunismo sería un horizonte *arbitrario*, basado en meras posibilidades. Es así que el primer acto de la revolución comunista es la autoorganización, *pero los siguientes no pueden ir en contra de ella*, sino a lo sumo en contra de sus formas caducas, como hemos visto en el caso del sindicato, formas que se harán superfluas en tanto se transformen las relaciones de producción. La asociación del proletariado en su lucha contra el capital —que implica movimiento, proceso y, consecuentemente, cambio y adaptación en las formas— es la base sobre la que se construye la sociedad comunista, la sociedad de productores libres y asociados, porque *es esta misma asociación la que hace del capitalismo algo superfluo y otorga al comunismo su actualidad*. No es la autoorganización del proletariado la que produce necesariamente como polo opuesto al capital, sino la incapacidad de esta autoorganización de extenderse e intensificarse, por un lado, y de revolucionar la forma en la que se produce y se vive acorde con esa extensión e intensificación. Fue precisamente la debilidad de estos dos factores lo que produjo, *grosso modo*, la derrota de las revoluciones del siglo XX.²²

²² Vale la pena prestar atención a que en «el transcurso del siglo XX, las revoluciones socialistas no surgieron donde se había logrado la plena florecencia de las formas sociales capitalistas. Surgieron, por el contrario, donde esas relaciones solo se habían difundido recientemente» («Historia de una separación», *Endnotes 4*, p. 318). Aquellas revoluciones ocurrieron en contextos donde las relaciones capitalistas eran aún débiles y, siguiendo la tesis de Endnotes, no habían desarrollado sus tendencias atomizadoras. Pero también cabe notar que la clase trabajadora no era mayoritaria y su desarrollo a nivel mundial era bastante débil, por lo que el

Con todo, la autoorganización del proletariado no es un mero recurso logístico temporal mediante el que aplicar medidas para abolir el capitalismo; no es un capricho. En las teorías sobre la comunización, se habla frecuentemente de una unidad colectiva sin especificar²³ que aplica medidas como la extensión de la gratuidad, como si cualquier unidad colectiva pudiese producir comunismo. Quedan, así, abiertas las puertas a una disociación no analítica entre un elemento «subjetivo» y otro «objetivo», que es lo mismo que abrir las puertas al voluntarismo; aquello de lo que la corriente de la comunización quería escapar. Las condiciones de posibilidad del comunismo por un lado, la conciencia de ellas por otro, y de lo que se trataría es de que ésta se organice para apropiarse aquellas, aunque sea de forma crítica. Pero como hemos visto que la corriente de la comunización siente aversión hacia la *práctica prefigurativa organizada*, este voluntarismo solo se expresa en la teoría, por lo que no es incoherente con una crítica al voluntarismo práctico.

En la visión de los teóricos de la comunización, coherentemente con las ideas anteriores, queda borrada cualquier posibilidad de intelección de un contenido positivo del comunismo y, sin embargo, aunque se oponen al programatismo, en la práctica se ven obligados a operar con una especie de programa. Todas las medidas inmediatas de la comunización presuponen ya un contenido positivo: las medidas son lo que se elimina o se aplica para llegar a ese contenido o meta positiva. El comunismo de la comunización se refiere a la abolición inmediata²⁴

trabajo asociado sobre el que sostenía la posibilidad del comunismo tuvo que ser un proyecto político de ingeniería estatal.

²³ El contenido de esta unidad suele ser variable en los trabajos de Endnotes. A veces es el proletariado y otras los manifestantes, donde este último grupo se compone de estratos sociales de lo más diversos. Como la composición es una teoría originalmente orientada a la clase y como son comunistas, de algún modo siempre se ven obligados a volver al proletariado, aunque sea en calidad de superpoblación o aunque parezca que a menudo esto lo hagan a su pesar.

²⁴ Cuando las teorías de la comunización hablan de *abolición inmediata*, suelen producir carcajadas entre lectores poco atentos o con pocas ganas de aprender. A lo que se refieren no es a que estas categorías quedarán abolidas de un día para otro, sino a que ya no hay lugar para el planteamiento de fases intermedias como capitalismo de Estado, revoluciones democráticas y, en resumen, fases de preparación para la abolición del capitalismo. Inmediatez significa, aquí, que las tareas comunizadoras son desde un primer momento las que atañen a trabajar

del valor, de la mercancía, del Estado..., amén de acciones como la extensión de la gratuidad, etc. Ahora bien, estas medidas no pueden llevarse a cabo por sí mismas, sino solo en tanto se sustituyen por una nueva forma de producir, forma que no puede ser arbitrariamente postulada. Pueden presentarlas como medidas negativas²⁵ solo en la medida en que no son consecuentes en su reflexión acerca de *por qué esas medidas y no otras*.²⁶ Y es que, paradójicamente, todas estas medidas son abstraídas del contexto en el que nacieron y tenían sentido, precisamente aquel del programatismo, para ser aplicadas en una situación donde se supone que su perspectiva ha desaparecido. Por ejemplo, la medida por excelencia del programatismo, la expropiación de los medios de producción por los trabajadores —*id est*, su afirmación—, era una medida necesaria, aunque insuficiente, para la abolición de la producción mercantil. Si abstraemos la abolición de la forma mercancía de su medida *positiva*, la primera pierde todo fundamento. Las medidas del programatismo aparecen *invertidas* en la perspectiva de la comunización; son *el mismo horizonte patas arriba*. Esta es la inversión que atraviesa esta nueva perspectiva, formulada en el contexto de agotamiento de la época del programatismo. Queda por ver cuáles son las diferencias entre esta nueva época y la del movimiento obrero.

directamente por la abolición de la producción mercantil y del Estado, en vez de dejar el asunto para un futuro incierto.

²⁵ «¿[Q]ué es el capitalismo y, por ende, qué es lo que tendría que abolir un movimiento comunista para que el capitalismo deje de existir?» («Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*, p. 324).

²⁶ Podría argumentarse, por ejemplo, que el Estado es algo a abolir porque cumple una función opresiva dentro de la sociedad actual y ahorrarse el tener que formular una forma de sociedad positiva. La cuestión es que el Estado es algo a abolir, no solo porque cumpla una función opresiva, sino en todo caso porque *puede* sustituirse por una mejor organización de la sociedad. Lo mismo ocurre con la producción de mercancías: si no pudiese ser sustituida por otro modo de producción, no sería algo *posible* de abolir, por mucho que sostuviese un sistema de explotación.

Relación de clase y comunismo

[Si] se abandonara la concepción del proletariado como fuerza motriz de la revolución social venidera, entonces tendría que admitir que estaría acabado, que mi vida ya no tendría sentido

— Karl Kautsky²⁷

Que exista una tendencia a la socialización del trabajo, sin embargo, no implica la existencia de una tendencia hacia la unidad de los trabajadores en torno a sus intereses, a la asociación de los trabajadores. No deben confundirse ambas ideas. Lo interesante en Endnotes es la tesis que afirma que la comunización es el horizonte de las luchas hoy en día porque ya no puede concebirse como la extensión de la asociación de trabajadores o de la afirmación de la clase. Esta es la idea que hay que rescatar del estudio histórico que se hace en *Historia de una separación*, trabajo central en este número. En este repaso de la historia del movimiento obrero (1883-1982), se señalan los fundamentos sobre los que se sostenía su ascenso, principalmente basado en un contexto donde «el sistema fabril» constituía «el núcleo de una nueva sociedad en formación», así como su caída, debida al progresivo desmantelamiento de este motor. Las transformaciones acaecidas en la sociedad capitalista transformaron a su vez las perspectivas de una tendencia a la asociación en su contrario, demostrándose que era «esta característica de atomización del nuevo mundo y no los aspectos cooperativos del trabajo en la fábrica la que resultaría dominante».²⁸

Historia de una separación es un balance con un enfoque consecuentemente crítico, porque en vez de asumir *a priori* que se van a rescatar estrategias o tácticas provechosas para el presente o en vez de buscar identificar leyes, aciertos, errores o traiciones, lo que se pretende es explicar el contexto donde aquellas estrategias y tácticas tenían sentido, si ha desaparecido y cuáles son actualmente las condiciones que posibilitan el comunismo, si es que las hay. Mientras que

²⁷ Karl Kautsky, *Carta a Bernstein del 30 de agosto de 1987*.

²⁸ «Historia de una separación», *Endnotes 4*, p. 144.

muchas organizaciones comunistas basan sus líneas de acción sobre las mismas premisas que las del auge del movimiento obrero y otras tantas organizaciones, aun reconociendo este declive, intentan aplicar las mismas tácticas para resucitar lo que ya está muerto, Endnotes impugna este procedimiento.²⁹ Además, frente a la habitual tendencia a relatar la historia del movimiento obrero a través de las instituciones que generó —partidos, internacionales, confederaciones, sindicatos, etc.— y de los debates que en ellas se dieron, el colectivo pone éstas en relación con las variaciones en el modo de producción, el desarrollo de la relación de clase y su composición, las crisis, la división internacional del trabajo, el peso de los sectores productivos, etc. Es decir, no construye un relato a partir de una relación de lucha inmediata donde movimiento obrero y capital son contendientes que vencen o son derrotados, sino que traslada el punto de vista a las dinámicas sociales globales donde se sitúan las posibilidades y fundamentos para la fortaleza o debilidad de uno y de otro.³⁰ Con todo lo anterior, puede entenderse ahora la orientación fundamental que está en la base de este y del resto de trabajos de Endnotes, que es la que investiga las diferencias entre la época del programatismo y la de la comunización. El programatismo era la perspectiva comunista en unas condiciones donde la tendencia al trabajo social llevaba aparejada la tendencia a la unidad de clase de los trabajadores,³¹ en la que se vislumbraba una correlación directa entre la afirmación de la clase como representante del trabajo asociado y la abolición del sistema de trabajo asalariado.

El desarrollo de las relaciones sociales capitalistas se concebía acompañado de una cada vez mayor conciencia de los trabajadores como aquellos que realmente

²⁹ «Los pensadores estratégicos de la actualidad intentan entonces con urgencia inventar nuevas organizaciones de este tipo. —lugares para habitar y compartir—, o tratan de revivir las del pasado —sindicatos, partidos, cooperativas—» («Historia de una separación», *Endnotes 4*, p. 248).

³⁰ «En realidad, no fueron ni la ideología burguesa ni la mediación de las organizaciones de los trabajadores las que tenían principalmente la culpa del fracaso en la generalización de una conciencia revolucionaria. Cuanto más se veían las vidas de los trabajadores imbricadas en las relaciones de mercado, tanto más eran estos reducidos a observadores atomizados de su propia explotación» («Historia de una separación», *Endnotes 4*, p. 246).

³¹ «La segunda falacia es que el desarrollo del capitalismo tiende a unificar a los trabajadores. Tal mezcla tuvo consecuencias ambivalentes. La mayoría de estas divisiones demostraron ser obstáculos para organizarse sobre la base de la solidaridad de clase. Sin embargo, algunas formas preexistentes de colectividad demostraron ser sus propias fuentes de solidaridad, un impulso a la acción directa de masas» («Historia de una separación», *Endnotes 4*, p. 144).

levantaban el mundo sobre sus hombros, por lo que podían permitirse trazar una ruta que consistiera en tomar el poder político y expropiar a los capitalistas. Sin embargo, lo que el desarrollo capitalista pareció traer consigo no era una mayor conciencia de clase de los trabajadores, sino una mayor integración de estos en el modo de vida capitalista y, lo que es más grave, especialmente a través de aquellas instituciones que representaban su organización como clase. Esta integración vino acompañada de una cada vez mayor atomización que a la larga desembocaría en la muerte del movimiento obrero.

Por si fuera poco, un posible resurgir del movimiento obrero quedaría finalmente sellado por factores como el declive de la industria y la reorganización productiva a nivel mundial, pero sobre todo por la cada vez más notable tendencia a la superpoblación, tesis que constituye el caballo de batalla de Endnotes. En las condiciones sociales capitalistas, cada vez más personas son reducidas a trabajadores. Esto se expresa en términos de proletarización absoluta y relativa. Absolutamente, en la medida en que desaparecen el campesinado y otras clases anacrónicas, viéndose empujadas a la condición proletaria. Relativamente, en la medida en que una proporción cada vez mayor de la población ya inserta en las relaciones sociales capitalistas tiende a empobrecerse, arruinarse y depender cada vez más de la venta de su fuerza de trabajo. Ahora bien, conforme los trabajadores ponen en movimiento su fuerza de trabajo, la acumulación de capital aumenta la productividad del trabajo y hace de este cada vez más superfluo. La reducción del trabajo necesario produce un aumento relativo de la superfluidad de la capacidad de trabajo y esto se expresa en una creciente población superflua, absolutamente redundante. Esta superpoblación no aparece inmediatamente ni necesariamente como un ejército de parados, sino que se expresa a través de formas de subempleo, empleo informal, trabajo esporádico, dependencia de subsidios, peores condiciones laborales y de salario, etc. La postura de Endnotes sobre la importancia y el impacto de estas tendencias están bien expuestas en *Miseria y deuda* y en *Crisis en la relación de clase*, donde afirman, con Marx, que el aumento de la población superflua es la *ley general absoluta de la acumulación capitalista*:

Bajo estas condiciones cambiantes, el horizonte de la relación de clase y las luchas en las que dicho horizonte aparece inevitablemente han de cambiar. En este contexto, los viejos proyectos de un movimiento obrero programático se vuelven

obsoletos: su mundo era el de una fuerza de trabajo industrial en expansión en el que el salario aparecía como el eslabón fundamental de la cadena de la reproducción social, en el centro del *doble molinete* donde capital y proletariado se encuentran, y en el que cierto carácter recíproco de las reivindicaciones salariales —un «si queréis esto de mí, yo os exijo esto»— podía dominar el horizonte de la lucha de clases. Ahora bien, como consecuencia del crecimiento de las poblaciones excedentes, es esta misma reciprocidad la que queda en entredicho, y la forma-salario pierde centralidad como *locus* de la impugnación. Tendencialmente, el proletariado no se enfrenta al capital en el centro del doble molinete, sino que se relaciona con él como una fuerza cada vez más externa, a la vez que el capital se topa con sus propios problemas de valorización.³²

A medida que se desarrolla la producción capitalista, en vez de constatar un mayor desarrollo del obrero colectivo y de su conciencia de clase, lo que se ha visto ha sido lo contrario, por lo que ya no parece «posible creer en el trabajador colectivo como la verdad oculta de las relaciones sociales capitalistas».³³ Según el diagnóstico de Endnotes, en tanto que la pertenencia a una clase es precisamente lo que divide a los proletarios y en tanto que la forma del salario como punto de confrontación entre proletariado y capital pierde cada vez más centralidad, ya no hay lugar para apelar a la noción de conciencia de clase. En cambio, lo que parece reunir a los trabajadores son esas comunidades de las que se ha hablado anteriormente: el pueblo, el 99%, la democracia real, etc. Cuando los trabajadores se enfrentan bajo este tipo de comunidades de lucha a las élites, al 1%, a los corruptos, a los banqueros, al calentamiento global y a nociones parecidas, si bien no actúan como clase ni inmediatamente contra la clase capitalista, desarrollan un momento de crítica hacia el capitalismo. Teniendo en cuenta que para Endnotes y TC el horizonte comunista varía con cada ciclo de lucha, «el horizonte comunista del presente puede anunciarse, no en una creciente conciencia de clase, sino más bien, en una creciente conciencia del capital».³⁴ Lo que esto significa es que en el presente ya no puede esperarse que la conciencia revolucionaria venga dada como el reconocimiento de las potencias emancipatorias que encerraría el trabajador colectivo, sino que, en cambio, cabe esperar que se desarrolle como una *conciencia contra el capital* y, por tanto, contra la propia pertenencia a una clase. Los proletarios se harán conscientes de

³² «Crisis de la relación de clase», *Endnotes 2*, pp. 22-3.

³³ «Historia de una separación», *Endnotes 4*, p. 245.

³⁴ *Ibid.*, p. 252.

la necesidad de la revolución no por lo que ellos podrían llegar a ser, sino por comprender que el capital es la causa de una infinidad de problemas. La afirmación del proletariado, para Endnotes, *ya no puede* ser un momento de la emancipación: «la revolución como comunización aparece sólo en la lucha cuyo horizonte inmanente es portador de *la no-reproducción directa de la relación de clase*».³⁵

Es difícil rechazar de plano todas las conclusiones que ofrece Endnotes, ya que las tendencias que señala, la tesis sobre la disolución del movimiento obrero y la descripción lógica que guía las luchas que se dan hoy en día, tienen muchos momentos de verdad. No obstante, la conclusión que, *partiendo del mismo enfoque*, se saca consecuentemente de un diagnóstico como el descrito hasta ahora, no puede ser, en rigor, la existencia de un horizonte comunista diferente, sino muy al contrario, *la incapacidad de establecer horizonte concreto alguno*. Comunismo no es cualquier tipo de sociedad que venga a sustituir al capitalismo, ni la asociación de los trabajadores es una de tantas unidades colectivas que podrían aplicar medidas comunistas. La sociedad sin clases que nazca de las entrañas del capitalismo solo puede *ser concebida y postulada* como una sociedad de producción asociada, pues es ésta la formación social superior que se sigue necesariamente del desarrollo del modo de producción actual y el que estrictamente se deriva de su crítica inmanente. Son irrelevantes las vueltas teóricas que se den en este sentido, ya que siempre se acaba reconociendo esto.³⁶ *La abolición del capitalismo sobre su propia base* solo puede pensarse de esa manera; la abolición de la producción mercantil y del Estado no son *decisiones inmediatas* que se puedan tomar, sino que deben ser sustituidas por *formas positivas* de organización social y solo en la medida en que sean sustituidas podrán ser abolidas. Esta formación social positiva solo se deduce de la materialización de la tendencia a la socialización del trabajo, que es la única que puede hacer inteligible el comunismo como abolición de todas estas formas e

³⁵ «Crisis de la relación de clase», *Endnotes 2*, p. 13.

³⁶ Phil A. Neel y Nick Chavez, *Forest and Factory* [disponible en castellano en: <https://contracultura.cc/2023/12/30/bosque-y-fabrica-la-ciencia-y-la-ficcion-del-comunismo/>]. En este ensayo se refleja bien la tendencia a desligar las consecuencias prácticas de los fines que se proyectan en ejercicios de prefiguración del comunismo: se describe el futuro del programatismo, pero no se quiere pensar con él.

instituciones capitalistas, tendencia que solo puede ser expresada políticamente a través de la *autoorganización de los trabajadores*. Si esta perspectiva desaparece, las medidas negativas de la comunización que, como hemos visto, no son medidas, sino resultados, pierden toda su razón de ser; si debido a las condiciones actuales, la asociación de los trabajadores y su conciencia de clase es imposible, el comunismo se torna igualmente *imposible*, lo que en este contexto quiere decir que *no hay fundamento racional para afirmar que se pueda lograr*.

No defiendo, por cierto, que una eventual superación del modo de producción capitalista vaya a ser necesariamente así, sino que el resto de escenarios son *posibilidades abstractas*, al mismo nivel que un retorno al feudalismo: simplemente pueden *imaginarse*. Si, por ejemplo, la batalla final contra el capitalismo se da bajo la forma de una lucha contra la catástrofe ecológica, ésta solo podrá desembocar en el comunismo si los trabajadores cobran conciencia de su condición de clase y de las potencias desarrolladas del trabajo social. De lo contrario, a lo sumo nos podremos permitir hablar de *poscapitalismo*, pero su posibilidad y su contenido será por fuerza arbitrario o ininteligible; ya no objeto de ciencia, sino de fe; la forma que tendrá esa sociedad poscapitalista no tendrá por qué consistir en una sociedad sin clases o en una sociedad donde queden abolidas las categorías capitalistas; no podremos pensar cómo será esa sociedad, ni siquiera decir con criterio que vaya a haber otra forma de sociedad. Bajo estos parámetros, la comunización, si es algún tipo de comunismo, es por ello un postulado *arbitrario*.³⁷ Si hubiese que atenerse a las luchas tal y como son *hic et nunc*, habría que concluir que el horizonte emancipatorio es la sociedad burguesa idealizada, sin contaminantes como la corrupción, la avaricia, las guerras o las crisis, que es a lo que apuntan la mayoría de las luchas. La comunización no es el horizonte inmanente de las luchas del presente, sino una proyección teórica: aquello que las luchas *podrían llegar a ser*, pero sin poder razonar que *tiendan a serlo*.

El mundo que experimentamos actualmente está marcado por tendencias que pueden leerse en Endnotes y esto es lo que hace de la revista algo que cualquier comunista con los pies en la tierra debería estudiar. La *acentuación* de fenómenos

³⁷ Cuando un postulado es arbitrario, normalmente es acompañado por tautologías como esta: «Al final, las tácticas comunizadoras resultarán ser las que finalmente destruyan el vínculo entre encontrar trabajo y sobrevivir» («Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*, p. 322). Es decir, al final las medidas comunizadoras serán las que produzcan comunismo.

como la progresiva superfluidad que representa el trabajo vivo para el capital, la desindustrialización, el estancamiento secular de la producción, la creciente proletarización, el crecimiento del proletariado informal y otras tantas tendencias son las que marcan la dinámica global desde hace varias décadas. En este contexto, las condiciones que en un momento produjeron la integración de amplios sectores de trabajadores en el modo de vida capitalista parecen estar ahora resquebrajándose. Todos aquellos factores son los que pueden producir la *actualidad de la revolución*, pero en la misma medida, por su propia naturaleza y paradójicamente, dificultan el surgimiento de un proletariado asociado, única forma sobre la que puede *pensarse* el comunismo. Cuando es difícil pensar el comunismo de forma positiva o como potencia implícita en el desarrollo de la sociedad, es lógico que se desarrollen teorías como la de la comunización, basadas principalmente en la propuesta de medidas negativas y en el énfasis en la ruptura. Pero esa existencia solo estará reservada a la teoría, mientras no pueda demostrarse que, efectivamente, la comunización aparece como horizonte *inmanente* y real de las luchas, en vez de constituir un horizonte *transcendente*. La virtud de Endnotes reside en que primero investiga y luego deduce. Sin embargo, a mi juicio, su principal error reside en que deduce un horizonte comunista, comunizador, de donde no puede racionalmente deducirse.

Una cosa es que bajo las condiciones actuales el comunismo sea imposible — improbable tal vez sea un adjetivo más humilde y amigable— y otra cosa muy diferente es que vaya a seguir siéndolo. Cuando Lukács hablaba de la *actualidad de la revolución*, se refería a esta posibilidad concreta del comunismo: «ni Lenin ni Marx se han representado nunca la actualidad de la revolución proletaria y sus objetivos finales como si fuera posible realizarla en cualquier forma y en cualquier momento».³⁸ Mientras siga existiendo la sociedad capitalista, existirán las condiciones materiales para una formación social superior, pero si la revolución no goza de actualidad, la sociedad sin clases solo representará «un horizonte de la historia universal que se eleva por encima de la clase obrera».³⁹

³⁸ György Lukács, *Lenin: La coherencia de su pensamiento*.

³⁹ *Ibid.*

Qué hacer ante este panorama es difícil de determinar. Por eso cualquier propuesta revolucionaria se nos aparece constantemente como una veleidad. La organización comunista, en este contexto, puede ser una gran base de apoyo para la rearticulación de la actualidad de la revolución, pero es difícil que vaya a ser la fuerza fundamental que la rearticule, lo que obliga a prestar atención a las transformaciones de las dinámicas sociales a nivel internacional y a estudiar la naturaleza de las luchas contemporáneas. Como dice Endnotes, «aquellos que están interesados en la teoría revolucionaria se encuentran atrapados entre los términos de una falsa elección: activismo o *attentisme*. Parece que solo podemos actuar sin pensar críticamente, o pensar críticamente sin actuar». ⁴⁰ La militancia comunista debería superar esta disyuntiva, del mismo modo que debería superarse la brecha entre un modelo de militancia basado en la dirección de los acontecimientos y otro basado en ir a la zaga de los acontecimientos.

⁴⁰ «Espontaneidad, mediación, ruptura», *Endnotes 3*, p. 325.